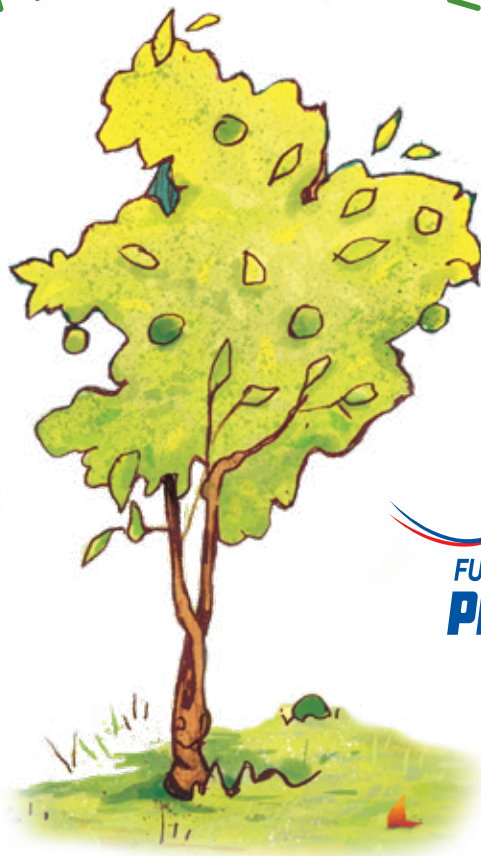


# NATURALEZA Y CUENTOS EN LA ESCUELA



# NATURALEZA Y CUENTOS EN LA ESCUELA



### Textos

Indiana Ramírez Martínez  
Gregoria Margarita López  
Ilka Janina González  
Lourdes Altagracia Ureña  
Rosa Aura Ceballos

### Ilustraciones

Arlette Espailat

### Coordinación Editorial

Tomiko Castro

### Edición

Farah Hallal

### Diseño y Diagramación

Eunice Pereira

### Impresión

Amigo del Hogar

ISBN 978-9945-8742-5-9

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, la reproducción (electrónica, química, mecánica, óptica, de grabación o de fotocopia), distribución, comunicación pública y transformación de cualquier parte de esta publicación -incluido el diseño de la cubierta- sin la previa autorización escrita de los titulares de la propiedad intelectual y de la editorial. La infracción de estos derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

**Impreso en República Dominicana**  
**Fundación Propa-Gas**

Primer Lugar

## LA ÚLTIMA MARIPOSA

Por Indiana Ramírez Martínez

Segundo Lugar

## LA ALDEA DE CHIPITÍN

Por Gregoria Margarita López

## MENCIONES

### EL HADA ROSE

Por Ilka Janina González

### SALVADORES DEL HÁBITAT

Por Lourdes Altagracia Ureña

### DOS GOTITAS DE LLUVIA

Por Rosa Aura Ceballos

### LA CIUDAD DE LOS DIENTES

Por Indiana Ramírez Martínez





# LA ÚLTIMA MARIPOSA

POR INDIANA RAMÍREZ MARTÍNEZ

Esta sorprendente historia ocurrió en una hermosa zona poblada de árboles maderables. El ambiente de toda la región era especialmente agradable, fresco y limpio, razón suficiente para que, antes de que sucediera lo que no pudo evitarse, se respirara paz y felicidad por todas partes.

Antes de la catástrofe, allí se destacaba la familia de Roble Criollo, con su primo Roble Blanco, la señora Caoba, don Pino, la señorita Palma y otros más que, igual que ellos, nos brindan muchos beneficios, como lo son su sombra, su brisa fresca y, por supuesto, su madera.

En medio de todos esos árboles vivía un pequeño árbol sin familia. Este pequeño árbol era conocido como Limoncito y estaba solo porque su tía la china, su abuela la toronja y su madre la lima vivían en otro lugar. A pesar de eso, Limoncito era muy feliz pues él formaba parte de un proceso maravilloso muy poco conocido: la metamorfosis.

Que las mariposas lo eligieran siendo tan pequeño para formarse bajo su sombra, primero como huevos, luego convirtiéndose en orugas, después como crisálidas y finalmente, como hermosas mariposas, era para Limoncito motivo de gran alegría. Incluso, era frecuente que las mariposas dijeran que el árbol más acogedor de toda la extensión verde, era Limoncito.

—Limoncito no es como los demás árboles —comentó alguna vez la hermosa Azura— como, por ejemplo, usted señor Pino, que es demasiado alto y con un olor muy fuerte para nosotras. A las mariposas nos gustan los olores más suaves.

Azura era una curiosa mariposa que vivía con su madre, Sandra; su padre, Germán y sus hermanos Vert y Joune. Juntos colaboraban en los cuidados del hogar y recogían el néctar para la nutrición de toda la familia. El tiempo de las tareas era muy importante para la familia, pero también la diversión. Por eso, durante el tiempo libre aprovechaban para jugar.

Un día Joune, Vert y Azura jugaban revoloteando por toda el área campestre que les servía de hogar. De repente, muy a lo lejos y sin explicación aparente, brotó una gran montaña negra. Les sorprendió porque nunca antes estuvo allí y porque esa rareza en el paisaje no permitía ver más allá. Esta rara aparición llamó la atención de estas tres mariposas. Al vuelo, quisieron averiguar qué sucedía.

A gran velocidad, Azura y sus hermanos emprendieron el camino. Al llegar a la montaña negra advirtieron que no podían respirar ni distinguir los árboles; mucho menos al sol se le permitía el paseo. Además de impedir la visibilidad, esta gran cortina de humo que cubría la región, estaba causando debilidad a las plantas.

La señora Caoba, al ver a Azura y a sus hermanos en medio de la humareda, se preocupó y les ordenó alejarse inmediatamente del lugar.

—Escuchen: deben alejarse pronto y alertar a los demás. Avisenles que deben volar lejos porque el gran Cúmulus Nimbo es muy peligroso.

—¿Por qué está tan alterada?— preguntó Azura asombrada. Entonces la señora Caoba le contó lo que sucedió muchos años antes.

—Cuando yo era apenas una semilla en los frutos de mi madre—empezó a contar con gran tristeza—, ocurrió una catástrofe; el ser humano llegó con todos los antepasados del serrucho y mutiló todos los grandes árboles. La primera fue mi madre, quien cayó destrozada. El impacto me lanzó hasta aquí, en donde estuve felizmente hasta el día de hoy que se repite la historia.

—Comprendemos —dijo Azura.

—No esperen más. Huyan pronto —apuró la sabia Caoba.

Sin dudarle ni un momento, Azura y sus hermanos emprendieron el vuelo de regreso; en todo el camino Joune estaba fatigado, cansado y lento; sin duda, el monstruo gris le había afectado el estado de ánimo.

Al llegar a casa era tan evidente su debilidad, que su madre no pudo dejar de preguntar:

—¿Dónde estaban? ¿Por qué están sucios? ¿Volieron a entrar en la mina?—La madre hizo tantas preguntas que no daba oportunidad de que los hermanos le respondieran. Cuando la madre finalmente hizo silencio para dejarlos hablar, nadie le respondió sus preguntas. Sencillamente, no había tiempo.

—Tenemos que irnos de aquí—anunció Vert, aún asombrado de las dimensiones del monstruo que se acercaba.

—¡No entiendo! —exclamó su madre.

—¡Nuestro hogar será invadido por el gran Cúmulus Nimbo!

—¡Por Dios, no entiendo! —gritó nuevamente la madre mientras advertía la fatiga de Joune.



—¡Oh, no... Joune fue infectado por el Cúmulus Nimbo! —indicó Vert.

—¿De quién me hablan? —dijo la madre sin esperar respuesta pues corrió directo a Joune, que lucía cada vez peor.

—Yo le contaré a nuestra madre —sugirió Vert a Azura— corre a avisarle a los demás.

Entonces Azura dejó a la madre y sus hermanos para alertar a sus vecinos y amigos. Daba voces, agitaba fuertemente sus alas anunciando la noticia, pero los vecinos no le dieron importancia. Horas más tarde, Azura regresó muy triste porque nadie le creía. Vert y su madre cuidaban de Joune, quien respiraba cada vez con mayor dificultad.

—¿Cómo te fue? —preguntó Vert al verla llegar tan desanimada.

—Un fracaso... nadie me cree —contestó ella en voz baja.

—Pero algo tenemos que hacer. A alguien tienen que escuchar. Yo propongo que nuestros padres alerten a la comunidad —dijo Vert.

—Azura —interrumpió la madre— ya sabemos. Vert nos ha contado. Debemos irnos pronto. Dentro de tres días todo estará cubierto completamente. Si respiramos ese humo, todos moriremos.

—Sandra —intervino el padre— creo que debes partir mañana temprano con Vert, Joune y Azura. Yo mismo alertaré esta noche a todos para que se marchen a tiempo.

—Germán —respondió ella— si eso te dice tu corazón, adelante.

Germán salió de inmediato dando voces de alerta. La primera fue a una mariposa ya mayor. A razón de su vejez, ella creía conocer demasiado el pasado. Así que se negó a creer posible que el anuncio fuera cierto.

—Ya soy una anciana —respondió algo cascarrabias la vieja Violeta —aquí nunca antes ocurrió algo así. ¡Deberías hacer menos caso a los juegos de tus hijos!

Germán regresó a su hogar un poco desilusionado. El asunto se estaba poniendo cada vez más peligroso. Ni siquiera sus amigos creían lo que les contó a sus hijos la sabia Caoba. Y viendo la situación de Joune, que empeoraba, empezó los preparativos para que su familia emigrase lo antes posible.

Al amanecer ya Cúmulus Nimbo estaba mucho más cerca de Limoncito. Eso solo significaba que los pronósticos de la señora Caoba se adelantaron.

—¡Oh no, qué tragedia! —comentó Azura desesperada.

—Pronto Sandra, toma estas pocas cosas y márchate de prisa con nuestros hijos —pidió el padre mirando con tristeza a su esposa.

—Y tú, Germán, ¿acaso no vendrás con nosotros? —preguntó Sandra.

—Me quedaré para ayudar a los demás —respondió Germán.

—Pero ya lo intentaste y nadie te escuchó —protestó Sandra con el corazón abatido.

—¡No puedes quedarte! La señora Caoba nos explicó muy claramente que no sobreviviremos. ¡Serán tres grandes calamidades las que atacarán nuestro hogar —exclamó Azura.

—¿De qué estás hablando ahora, hija? —preguntó la madre.

—¡Primero vendrá el gran Cúmulus Nimbo, seguido por una tormenta y terminará con la gran fiera devoradora de árboles! —respondió Azura sin saber qué más hacer para lograr que su papá les acompañara. Aunque Sandra trató de convencer a su esposo, fue inútil. Germán estaba dispuesto a quedarse.

—Todo saldrá bien. ¡Pronto, márchense! No hay tiempo que perder, yo les alcanzaré —dijo Germán con determinación.

Sandra y Vert cargaron a Joune con gran dificultad porque ya él no era capaz de volar sin ayuda. Azura continuaba la travesía volando sin entusiasmo. Se estaba yendo sin querer realmente dejar su hogar. Pensaba en su padre y todo lo que dejaba atrás.

Aún a cierta distancia, las mariposas podían sentir el calor asfixiante y el olor a humo. Desde allí podía ver cómo el fuego arrasaba lo que fue su único hogar. Los que quedaron, vivían una experiencia desesperante: con pocas fuerzas hacían lo posible por escapar.

La liebre salió de su madriguera. El humo ardiente inundó las cámaras subterráneas que fueron su hogar, y el hogar de las familias que tuvo antes de nacer ella. La liebre, por más cansada que estuviera al huir de las garras de un perro cazador, nunca antes sintió que se asfixiaba de tal modo. Todas las aves capacitadas para hacerlo, emprendieron el vuelo. Algunas ya no podían volar.

Los árboles también sufrían pero la naturaleza no les regaló otra voz distinta a la que les permite susurrar las palabras del viento cuando se mueve entre sus hojas. Los árboles no podían moverse ni limpiar el aire. Todos estaban muriendo.

De repente llegó la tormenta que complicó la huida de las últimas mariposas que intentaban dejar el lugar. Las fuertes aguas arrastraron familias de mariposas completas, incluyendo las pequeñas orugas y las frágiles crisálidas aún envueltas en sus capullos. Germán, que era una mariposa fuerte, trataba de ayudar.

—Pronto, doña Violeta, cúbrase aquí bajo el roble que es uno de los árboles más fuertes —sugirió Germán a la anciana. Ciertamente, parecía un lugar seguro, pero la tormenta era tan fuerte que ni el señor Roble resistía.

—¡Esta tragedia jamás la vieron mis ojos! —exclamó Germán a la anciana Violeta, mientras ella se desprendía de la rama a la cual se intentó sujetar. En pocos segundos, cayó a las despiadadas aguas que corrían desbordadas.

— ¡Noooooooo, doña Violeta!—fueron las últimas palabras de Germán, quien cayó derribado por una fuerte rama del roble que agitaba el viento.

Temiendo que el padre no encontrara la forma de reunirse con el resto de la familia, Sandra y su hijo Vert decidieron devolverse a buscar a su padre. Volaban con la esperanza de hallar a Germán en el camino. Este esfuerzo parecía ser en vano.

Después de varios días llegó la calma. El sol penetró fácilmente hasta reposar su luz directamente sobre la tierra. Ya no quedaba humo, pero tampoco quedaban hojas en los grandes árboles. La zona estaba destruida por completo. Aquello no tenía parecido con el lugar que fue.

A lo lejos Azura esperaba sin separarse de Joune, que agonizaba. Ya no tenía fuerzas para seguir volando. Su madre y Vert aún no estaban de regreso. Algunas aves pasaban dando información de quienes no habían podido sobrevivir. Azura cuidaba de su hermano que no se veía nada bien.

—Joune, te dejaré un momento, voy en busca de ayuda —dijo Azura a su hermano.

—¡No tardes! —dijo Joune débilmente.

Sin dudar, Azura emprendió su vuelo de regreso a casa. Al llegar adonde estuvo alguna vez Limoncito, su tristeza fue tan grande que olvidó la razón de su viaje.

—¿Qué ocurrió aquí? —preguntó Azura que fue acercándose lentamente hasta donde la señora Caoba, el único árbol vivo.

—¿Qué buscas Azura? —preguntó la Caoba.

—Busco a mi familia. ¿Has visto a mi madre? Ella volvió de regreso a buscar a mi padre junto con mi hermano Vert.

—Azura —dijo la anciana Caoba— vi a tu padre caer a las violentas aguas cuando la rama del viejo roble lo derribó. Germán no pudo sobrevivir. A tu madre y hermano no los he visto. Lo siento.

Azura lloraba sin consuelo. De repente un enorme ruido la distrajo.

—¿Qué es ese fuerte ruido, señora Caoba? —preguntó asustada.

—Es el fin. Ahora vienen los humanos —contestó muy fatigada.

—¿Para qué? —indagó Azura.

—Mira, hermosa mariposa: aléjate de aquí para que no sigas sufriendo a causa del siguiente monstruo. El humano le saca sin piedad el corazón a la señorita Palma, a mi amigo el Roble lo descuartiza. Y es más cruel con mi amigo el Pino y conmigo. Nos llevan a distintos lugares para utilizar nuestra madera en los hogares. Se sientan sobre mí, brincan sobre mis hermanos, se desquitan su rabia en cada puerta que estalla... Y... bueno, algunos golpean mesas construidas con nuestra madera para mandar a callar.

—¿Podemos hacer algo? —preguntó Azura.

—Todo aquí terminó. Busca a tu familia y construyan un nuevo hogar —dijo la señora Caoba.

—¡Sí, claro, mi hermano! —exclamó Azura mientras se dirigía de vuelta a socorrer a Joune.

Al pasar por su antiguo hogar notó que Limoncito estaba completamente devastado. Pero no podía detenerse allí. Debía seguir volando para llegar a tiempo donde estaba su hermano. Lamentablemente, cuando Azura llegó, ya su hermano había muerto. Azura miraba hacia todos lados con la esperanza de ver a su madre o a su hermano. Nunca llegaron. A partir de ese momento Azura quedó sola, convirtiéndose así en la última mariposa.





# LA ALDEA, DE CHIPITÍN

POR GREGORIA MARGARITA LÓPEZ

Al pie de la montaña, muy cerca del río y abrazada por los árboles, se encuentra la aldea de Chipitín; un lugar hermoso, en donde las casas, el olor de las flores, el frescor del aire y el cantar de los pájaros, proporcionan la sensación de estar en un lugar mágico.

Chipitín es un niño de la aldea, tiene diez años de edad. Es muy alegre y divertido; disfruta de su aldea, le encanta el verdor del bosque, los animales y, más que todo, le divierte bañarse con sus amigos en las cálidas aguas del río Tifú que bordea todo el poblado.

En la pequeña aldea no hay escuela. Por esa razón, Chipitín asiste a la escuela del pueblo, que dista como a un kilómetro de la casa. A veces se transporta en la carreta de don Pancho; otras veces el papá de su amigo Juanico lo monta en su caballo; pero, en ocasiones, le toca ir caminando.

Cuando va a pie hasta la escuela, llega cansado, sudoroso y le cuesta concentrarse en lo que dice la maestra. Sin embargo, como le encanta aprender, pronto se anima y se deja envolver por el maravilloso encanto que pone su maestra para enseñarle las lecciones. Así, al terminar las clases, Chipitín se regocija y recobra la energía. El sólo hecho de pensar que llegó la hora de regresar a su aldea, a paso rápido, emprende la marcha de regreso.

Y así sucedió un día, que saliendo muy contento de la escuela, Chipitín escuchó la voz de su amigo Pablito.  
—Chipitín, espera: en la tarde pienso ir para tu aldea. ¿Te parece?

—Claro, Pablito, te espero —respondió Chipitín. Se alegraba enormemente de tener a Pablito de visita en casa. Pero no dio Chipitín dos pasos, cuando Joselito, Carlitos, Manuelito y Diego, gritaron a todo pulmón.

—También yo iré.

—¡Y yo!

—¡Y yo!

—¡Y yo también!

—¡Los espero a todos! —respondió Chipitín con entusiasmo.

Esa tarde el río Tifú se llenó de risas, juego y gozo. Chipitín se columpiaba de la rama de un árbol y se lanzaba al agua. Diego golpeaba el agua hasta verla salpicar por todas partes. Joselito nadaba como un pez y Manuelito gritaba, una y otra vez, lo rica que estaba el agua.

De repente, un estridente ruido les puso en estado de alerta. Quedaron quietos mirándose.

—¡Dios mío! ¿Qué es eso? —exclamó Carlitos.

—No sé qué podrá ser —comentó Diego.

—¡Investiguemos! —sugirió Chipitín

Salieron de prisa del río. Muy rápidamente se vistieron y calzaron para luego adentrarse en el bosque. Se dejaban guiar por el ruido que no cesaba. Mientras más caminaban, más fuerte era el sonido. Finalmente, llegaron al lugar que les explicaría el origen del ruido.

Escondidos entre los arbustos, vieron personas desconocidas, maquinarias extrañas y enormes vehículos. Los amigos quedaron perplejos. No entendían el panorama que sus ojos estaban viendo. Sus rostros se entristecieron cuando advirtieron que los árboles estaban cayendo. Caía uno, luego otro. Después les quitaban sus ramas y subían los robustos troncos a un camión monumental.

—¡Mira, es el gobernador! —exclamó Chipitín

—¿Y quién será aquel hombre vestido con saco y corbata? Es muy raro ver a alguien vestido así en este lugar —comentó Carlitos.

—Está dando órdenes. ¡Hasta parece que él es el dueño de los árboles! — respondió Manuelito.

—Pero, ¿qué vamos a hacer? Tenemos que hacer algo... Si cortan los árboles, nuestro río se nos muere— razonó Diego muy preocupado.

—Talar estos árboles también afecta todo nuestro medio ambiente. Nos lo explicó, justo ayer, nuestra maestra de Ciencias Naturales —resaltó Joselito.

—Es cierto. Y morirán los pajaritos y otras especies... y esto también provocará desastres naturales —agregó Chipitín.

—Sí. Tendremos más huracanes, deslizamientos de tierra, tiempos de sequía...—aclaró Carlitos.



Conversando sobre estas consecuencias, y buscando explicaciones a lo que habían visto, se marcharon. Los amigos caminaban de regreso con el rostro afligido. De pronto, Chipitín se detuvo.

—No basta con afligirnos o comentarlo entre nosotros. Tenemos que hacer algo para detener esto —indicó el niño.

—Sí, tenemos que hacer algo. La maestra Natacha siempre dice que debemos crear conciencia en las personas. Dice también que muchas veces las personas tiran basura al río, en la calle o por los caminos, sin saber el daño que esto puede causar —agregó Carlitos.

—Es cierto. Recuerden cuando Luisito se enfermó de dengue. Después de explicarles a los vecinos cómo se reproducía el mosquito, la gente empezó a tapar los tanques de agua y a untarle cloro en las orillas —comentó Diego.

—¡Yo me acuerdo! Hasta dejaron de tirar objetos donde se apozara agua de lluvia para evitar que el mosquito pudiese poner allí sus huevos —señaló Manuelito.

—Porque la gente aprendió y tomó conciencia —aclaró Joselito.

—Entonces, manos a la obra: vamos a crear conciencia en toda la aldea de Chipitín... es más... en todo nuestro pueblo! —exclamó Carlitos. En el camino iban elaborando un plan.

Al día siguiente, le contaron lo que habían visto y lo que pretendían hacer a su maestra de Ciencias Naturales. La maestra los apoyó de inmediato.

—Cuenten conmigo —aseguró— salvemos a nuestro pueblo, nuestro planeta...preservemos la vida. Estos cinco niños iniciaron, junto a su maestra, una campaña informativa sobre el cuidado del ambiente. Poco a poco se fueron integrando otros maestros de la escuela, los psicólogos, dos orientadoras, los miembros de la Asociación de Padres y hasta la Junta de Vecinos.

Juntos diseñaron llamativos afiches, escribieron pancartas con hermosos lemas y elaboraron volantes de papel con información detallada sobre los problemas que la tala de árboles causaría a la comunidad. Con todo este material, organizaron una marcha que estremeció a todo el pueblo y sus alrededores. Todos unidos buscaban un mismo fin: proteger la naturaleza, que era lo mismo que proteger la vida.

Finalmente, después de tanta publicidad a favor del medio ambiente, todas las personas del pueblo tomaron conciencia. Pidieron que el gobernador fuera destituido de su cargo y, por cada árbol cortado, los niños plantaron cinco. Gracias al esfuerzo de toda la comunidad, todo volvió a la calma: Chipitín y sus amigos continuaron disfrutando de muchos atardeceres en las cálidas aguas del río Tifú.



# MENCIONES





# EL HADA ROSE

POR ILKA JANINA GONZÁLEZ

En una linda choza de montaña vivía un hada llamada Rose. El techo estaba cubierto de flores y mariposas de todos los colores y matices. Muy cerca de la choza, brotaba un manantial que hacía lucir el lugar mucho más hermoso. Allí se detenían a beber los conejos que correteaban. También los pájaros de hermoso plumaje se bañaban y jugaban en esas aguas.

¡Ah! Todo sonido parecía ser parte de una hermosa composición musical. Incluso, el ruido del carpintero que repiqueteaba su tum tum tum tum, las semillas de cajuil que caían junto a su pom... pom. ¡Ay y desde las alturas de un árbol la brisa comentaba su umm umm umm, mientras meneaba una hamaca vacía.

Sin esperarla nadie, llegó volando el hada Rose. Brincaba y saltaba como una rana. Los animales y otras hadas la saludaban felices. Ella iba y venía saltando y saltando para luego disfrutar del vaivén de la hermosa hamaca tejida con finísimas hojas de colores. El hada Rose quedaba dormida tan pronto se echaba en su hamaca. El melodioso canto de los pájaros, el sonido del manantial y la frescura del aire limpio le daba tranquilidad y confianza para abandonarse al sueño. En ese lugar la naturaleza lo era todo. No existía ni una sola fábrica que dañara el medio ambiente.

Cuando el hada Rose no jugueteaba o dormía, pasaba el tiempo haciendo magia. Con sólo mover su varita mágica y pensar en su deseo, hacía maravillas. Era capaz de convertir casitas en palacios o calles feas en hermosos jardines. Es cierto que, en más de una ocasión, algún niño la sorprendía haciendo magia. Pero no era muy común que los niños subieran a lo alto de la montaña.

Un tarde, cuando el hada Rose empezaba a mover su varita mágica, fue sorprendida por los ojos enormes del pequeño Gaby. Este niño se había esforzado en subir a la montaña, caminando afanosamente desde un pueblecito llamado Higüerito. Cuando por fin encontró a Rose, se emocionó.

—Hola pequeño. ¿Estás perdido? —susurró Rose.

—No. Necesito tu ayuda —respondió el pequeño Gaby.

—¿Y cómo llegaste solo aquí? —indagó el hada.

—Me esforcé porque necesito tu ayuda —resaltó el niño.

El hada Rose se conmovió al ver el esfuerzo del pequeño y se interesó por saber en qué ella podría serle útil.

—¿Y cómo puedo ayudarte? —preguntó Rose.

—¿Puedes ayudarme a cambiar la práctica de educación física de mi escuela? La profesora nos manda a correr tres kilómetros todos los viernes —explicó Gaby.

—Es una gran distancia —comentó Rose— cuando vuelo tanto a mí me duelen las alas.

—Nos pasa igual, hada. Eso nos agota demasiado. Somos sólo niños y niñas todavía. Queremos hacer ejercicio pero de otra manera.

—¿Sabes que ejercitarte es amar tu cuerpo? ¿Qué tu cuerpo es una obra de arte de la creación? —preguntó Rose.

—Sí, lo sé, pero cuando la maestra nos manda a correr tanto, nos sentimos como máquinas, no como personas.

—Muy bien. Veré qué puedo hacer. Ven Gaby que te guiaré de vuelta a casa. Deben echarte de menos.

Cuando estuvo por fin sola, el hada Rose pensaba en la mejor manera para cambiar la situación que le había planteado el pequeño Gaby. Pensó en todas las formas posibles para lograr un cambio duradero en la maestra. Concluyó que era más fácil convertir una casa en un palacio, que transformar la forma de pensar de la gente. Cuando creyó tener la solución, salió volando tan rápidamente que olvidó despedirse.

Esa noche, el hada Rose apareció en la casa de la maestra. Agitando su varita, sin que la maestra lo advirtiera, le movió un pensamiento de sitio. Para ello no tuvo de otra que zarandearle la cabeza a la maestra para ver si le florecía por dentro la creatividad. La maestra, que ya se preparaba para dormir, experimentó una sensación tan extraña, una mezcla de sueño y mareo, que a nadie supo explicar.

—¡Ay san Morfeo, me mareo! —exclamó la maestra, quien se metió rápidamente en la cama pensando que le hacían falta horas de sueño.

El hada Rose creyó que cuando la maestra despertara, cambiaría. Y parece que funcionó porque al día siguiente comenzó la clase de Educación Física con una estrategia diferente.

—Niñas... niños... hoy vamos a mover el cuerpo con un estilo diferente. ¡Arriba! Vamos a ponernos de pie para cantar y bailar —exclamó la maestra muy animada.

—¡Yehhh! —celebraban aplaudiendo las niñas y los niños en el salón mientras la maestra continuaba cantando.

—La conga, la conga / ¡qué buena está la conga! / Yo quiero ver a todos bailando la conga, / la mano en la cabeza, la otra en la cintura, /da la media vuelta y meneas la colita.

La clase reía a carcajadas. En su interior, Gaby sabía que el hada Rose le había cumplido su petición de ayudarlo y aprovechó la hora del recreo para contarles a sus compañeros algunas verdades sobre las hadas. Gaby trataba de fortalecer la ilusión de creer en las manifestaciones de estas criaturas.

—Las hadas también son nuestras amigas y nos pueden ayudar a resolver problemas solo con una varita mágica —decía Gaby. Hubo quien le creyera y hubo quien no.

Esa noche iluminada por la luz de la luna, se reunieron todas las hadas para celebrar junto a Gaby. Los árboles frondosos se movían contentos aprovechando la brisa. El verde cubría todo. Con sus alas pequeñas, sus caritas tiernas y bellas, todas bailaban al ritmo de la música, saltaban de un ramo a otro y derrochaban toda su energía. Gaby estaba maravillado en medio de tantas criaturas pequeñas y hermosas.





# SALVADORES DEL HÁBITAT

POR LOURDES ALTAGRACIA UREÑA

En un campito muy lejano vivían unos hermosos animales, extrañas plantas y flores que adornaban el entorno. Este campo era el lugar más hermoso que ojos humanos habían podido ver, con peculiaridades que le hacían un lugar casi único: anchas carreteras cubiertas de piedras blancas y grisáceas, árboles y arbustos con un verde brillante a lo largo de todo el camino.

Allí vivía un perro peludo de color crema, de ojos claros y pequeños, llamado Bruli quien tenía por compañera a una perra llamada Sindi. Su largo pelaje negro ocultaba su tierna mirada a los transeúntes. La parejita había tenido tres cachorros peludos de color negro. Los perros tenían una gran preocupación por su hábitat: estaba siendo destruido gradualmente por unos extraños señores que habían comprado casi todas las tierras de aquel hermoso campo.

Los árboles, arbustos y flores estaban desapareciendo de manera acelerada a causa de la deforestación, dando un aspecto triste y desolado a lo que fuera alguna vez tan hermoso. En vista de que los humanos no reaccionaban, Sindi y Bruli decidieron reunir a todos los animales del lugar y a sus dos amigos, Pedrito y Fabiola, para hacer un plan que ayudara a buscar solución al problema.

Allí se reunieron: la cotorra, el pájaro bobo, la cigüa palmera, el guaraguao, el gato Domingo, la bromelia, la caoba, la yerba buena, el naranjo, las rosas y otras plantas y animales.

—¿Qué podemos hacer ante esta situación? —preguntó Sindi.

—Vamos a dañarle la siembra —propuso la cotorra.

—No, vamos a prenderle fuego —dijo el maco.

—Lo importante será sacarlos de aquí —aclaró la caoba.

Pedrito, muy preocupado, pidió la palabra.

—No piensan ustedes que con estas propuestas estaríamos también dañando el hábitat.

—Claro —dijo Bruli —Pedrito tiene razón yo creo que lo más conveniente sería hablar con don Juan y doña Marta, para exponerles nuestra situación en caso de que ellos no nos escuchen buscaremos una solución más radical.

—Estoy de acuerdo con la propuesta de Pedrito —dijo el gato— pues doña Marta me trata muy bien y me echa comida cuando voy a su casa.

Entonces todos los animales se dirigieron hacia allá. Doña Marta y don Juan estaban sentados en sillas mecedoras tomando el fresco. Al ver llegar a todos estos animales, se asustaron y rápidamente se pusieron de pie. La mujer quiso salir huyendo pero resbaló y cayó de espaldas, dándose un fuerte golpe en los glúteos; en ese momento el gato se acercó y lamió su mano, lo que contribuyó a que doña Marta empezara a recuperar la calma.

—Tranquilízate Marta, que parece que vienen en son de paz —sugirió don Juan.

Fabiola tomó la palabra y expuso lo conversado entre ella, Pedrito, los animales y las plantas. Don Juan y doña Marta escucharon con atención la exposición de la niña. Mientras escuchaba, el hombre movía la cabeza en señal de consentimiento y la señora se mantenía en silencio escuchando. Al finalizar la exposición de Fabiola, don Juan tomó la palabra.

—No advertía el daño que hemos causado a los animales y a las plantas: les pido perdón y les propongo que, entre todos, reconstruyamos nuestro hábitat.

A partir de ese momento, los animales, las plantas y las personas trabajaron para devolver a su hábitat el esplendor que antes tuvo. Poco tiempo después celebraban el triunfo de tener el campo más bello que ojos humanos jamás pudieron ver y, colorín colorado: ¡este cuento aún no ha terminado pues serán muchas las aventuras que juntos vivirán!





# DOS GOTITAS DE LLUVIA

POR ROSA AURA CEBALLOS

Caían dos gotitas de lluvia al mismo tiempo. Las dos saltarinas estaban tan decididas a llevar a cabo su nueva aventura, que no podían disimular su alegría. Ambas habían acordado salirse de la ruta prevista para cambiar el rumbo de su viaje y explorar así nuevos mundos. ¡Conquistarlos de ser posible!

Protegiéndose como podían, lucharon contra el viento. Otras gotas intentaron detenerlas, pero ellas lograron, al fin, llegar a lo que pensaban que sería su destino. Sin embargo, llegaron a un lugar muy distinto a lo que esperaban encontrar. Todo estaba descuidado, triste y solitario. El sol, la basura, la sequedad casi lograron eliminarlas al instante. Saltaban como pelotas para evitar evaporarse al contacto con el suelo.

—¿Dónde estamos? —se preguntó una de ellas— éste no es el lugar que queríamos, Hermana.

—¡Debemos irnos, busquemos un refugio para protegernos, antes de que desaparezcamos! —agregó la otra gotita.

Ambas gotitas saltaban y miraban alrededor, sin embargo, no vieron ningún lugar apropiado.

—¿Dónde puede ser, Hermana? No veo nada.

—¿Qué tal caer en un animal?

—¡Sí, puede ser en un sapo, que tiene su piel húmeda y nos protegerá!

Miraron por todas partes y no vieron ni sapo ni jaiba... ¡ni siquiera una lombriz de tierra se movía por allí! Era la penosa realidad: en ese lugar no había ningún animal que pudiera protegerlas.

—Entonces... ¿Qué haremos?

—¡Iremos debajo de una roca hasta tener otra idea! Allí no nos alcanzarán los rayos del sol.

—¡Uf, qué calor! Yo creo que empecé a evaporarme.

Saltando con gran agilidad, intentaron una y otra roca, pero solo arena y tierra muy caliente encontraron las dos gotas de lluvia. Si se detenían en el suelo más de lo imprescindible, la tierra sedienta se las tragaría.

Estaban ya desesperadas, casi a punto de rendirse, cuando sintieron los pasos de alguien. Con una velocidad asombrosa, se escondieron debajo de una piedra para observar qué sucedería.

Era un niño que muy triste lloraba.

—Mira —decía una de las gotitas casi susurrando—, lo que sale de sus ojos se parece a nosotras. Vamos a ver qué le sucede.

Saliendo de su escondite se acercaron al niño que enjugaba sus lágrimas.

—¿Qué te pasa?

—¿Qué son esas cosas en tu rostro?

El niño estaba muy sorprendido. No sabía de dónde venían esas voces, si bien casi imperceptibles, lo suficientemente claras para entenderlas. Miró hacia todos lados buscando quiénes le hablaban. Ambas gotitas continuaban saltando con gran habilidad.

—¿Quién me habla?

—¡Psss, psss, aquí abajo! —gritó la primera gota.

—¡Somos nosotras! —agregó la segunda.

El niño sonrió.

—¡Gracias a Dios: son gotas de lluvia! —exclamó el muchacho.

—Sí, somos dos gotas de lluvia —afirmó la primera gota.

—¡No saben ustedes cuánto las he esperado!

—¿A nosotras?— Se preguntaron sorprendidas las gotitas.

—Sí, a ustedes. ¿No ven cómo está mi mundo? Está muriendo por falta de agua.

—Ah... ¿Y nosotras somos agua?—preguntó la segunda gota.

—¡Sí! Y las necesitamos para poder vivir—aseguró el pequeño, quien ya sonreía.

Las gotitas sonrieron. Se dieron cuenta de que al fin habían llegado al lugar correcto. Al lugar exacto donde deseaban llegar.

—¿Me acompañan? —preguntó el niño.

—¡Pues, claro! —contestaron las gotitas de lluvia.

El niño tomó un envase, allí saltaron ellas felices. Luego las llevó hacia un árbol que él había plantado.

Desde arriba otras gotitas de lluvia caían. Muy atentas seguían la aventura de las dos primeras, por lo que decidieron seguir las. Pronto muchas, muchas gotas de lluvia, danzaron contentas sobre la tierra, llenando todo el lugar con su alegría y convirtiendo aquel lugar seco en un lugar fresco, verde y limpio.



DIENTES  
LIMPIOS  
SONRIAS  
SANAS!



# LA CIUDAD DE LOS DIENTES

POR INDIANA RAMÍREZ MARTÍNEZ

Érase una vez, una ciudad llamada Bocalandia. Allí reinó la limpieza y el buen aliento por mucho tiempo porque el rey Incisivo gobernaba con un riguroso sentido del orden. De manera que todas las mañanas, tardes y noches, el rey ordenaba que limpiaran cada lugar de Bocalandia. Tan estricto era, que ordenó eliminar cualquier resto de comida que se encontrara en la ciudad. Esto lo hacían por medio de unas reglas e instrucciones dictadas por el rey que consistían en lo siguiente:

Decreto 1-2012

- Artículo 1: cepillarse 3 veces al día.
- Artículo 2: usar hilo dental.
- Artículo 3: usar enjuague bucal.
- Artículo 4: visitar al dentista periódicamente.

Instrucción para el cepillado:

1. Los incisivos de arriba hacia abajo,
2. Las muelas en forma circular
3. y la lengua para afuera y hacia dentro.

Estas reglas eran cumplidas por cada uno de los empleados de Bocalandia. El equipo de limpieza estaba formado por el comandante Cepillo, el ama de llaves Pasta Dental, el camión Hilo Dental, encargado de recoger y retirar los residuos que estaban en los rincones más profundos y, por último, Enjuague Bucal, quien tenía el trabajo de hacer el recorrido final, desinfectando y perfumando la ciudad.

Un día, en Bocalandia se escuchó un grito desesperante. Era la reina, que gritaba irritada al advertir que el rey había desaparecido. El rumor del posible secuestro llegó a cada rincón de Bocalandia. El pánico y el miedo aterrorizaban a todo ciudadano.

De inmediato, la reina organizó brigadas de búsqueda. Preguntó por el rey a cada uno de los miembros del equipo de limpieza y a todo el que iba de paso por Bocalandia: desde la cuchara hasta las uñas de los dedos que de vez en cuando se instalaban en la boca en busca de alguna mordida leve que les calmara la ansiedad. Con el rey desaparecido y la reina concentrada en su búsqueda, la ciudad fue perdiendo la organización que antes tuvo. De pronto, todos los ciudadanos de Bocalandia estaban asignados a una de las brigadas de

rescate y Bocalandia quedó sin defensores. Muy pronto fue invadida por unos microorganismos bandoleros llamados Caries.

Estos bandidos robaron la blancura de los dientes, la frescura del aliento y todas las fortalezas de los miembros de Bocalandia. Lamentablemente, la reina fue la primera en morir y dejó la ciudad desprotegida. Cepillo, Hilo Dental y Pasta Dental estaban agotados. Por más que se esforzaban en trabajar duro para alcanzar el antiguo esplendor, sus esfuerzos parecían ser en vano.

Con el pasar del tiempo, Bocalandia apestaba y su brillo se fue desvaneciendo hasta desaparecer por completo. Pero, un buen día, brotó una esperanza pequeñita y blanca: el nuevo rey Incisivo venía en camino, puesto que su desaparición se debió a una mudanza natural. Sin embargo, mientras esto sucedía, en la ciudad se vivía una situación complicada.

Las caries, el mal aliento y el dolor reinaban. Debajo de las muelas se mudaron unos enormes gusanos que causaban fuertes dolores, entre los caninos e incisivos se pegó el sarro que les causó gran debilidad.

Por fin el rey sacó la cara por su reino y planeó buscar ayuda donde un mago que habitaba en una ciudad conocida como Odontolandia. Muy pronto, Bocalandia fue declarada en estado de emergencia. En su auxilio enviaron unas brigadas especiales. Empezaron a entrar piezas de algodón, máquinas muy ruidosas y un tratamiento especial de pasta y enjuague bucal.

Las caries, gusanos y demás bacterias que invadían la ciudad fueron fuertemente atacados, perdiendo así parte de su ejército. La batalla era difícil de sostener a lo largo del tiempo, pero el rey estaba dispuesto a terminar con ellos.

En Bocalandia se organizaron marchas para salvar la ciudad. Usaron pancartas que fueron pegadas en la calle Mejilla, en la avenida Lengua y en el barrio Las Amígdalas. Cada afiche tenía lemas distintos, pero el que más se repetía era: ¡Dientes limpios, sonrisas sanas! ¡Dientes limpios, sonrisas sanas!

Luego de muchas visitas a Odontolandia, se fue tornando un ambiente más agradable. Este nuevo rey fue organizando la ciudad para que los miembros que llegarían en poco tiempo, encontrasen la ciudad limpia y sana. Se organizaba una especial fiesta de bienvenida para la nueva reina Incisiva que llegaría para llenar ese gran vacío que había en Bocalandia.

Tiempo después, Bocalandia alcanzó nuevamente la paz y la tranquilidad. Allí se respiraba un aliento fresco y perfumado; además, el brillo de los dientes era deslumbrante. De boca en boca corría la noticia de que esta ciudad había vuelto a ser la número uno de todos los reinos.





Todos los derechos reservados  
© Fundación PROPA-GAS 2013

ISBN 978-9945-8742-5-9